



Cuando el pasado se proyecta en el futuro. El patrimonio en los medios de comunicación

Juan Sánchez González, Universidad de Extremadura

Los individuos se asoman al mundo y se acercan y perciben la realidad que les condiciona a través de los medios de comunicación. Al tiempo que transmiten e informan de los acontecimientos, los media son instituciones generadoras de discursos sociales, constructores de la realidad social. Pero, frente a un sólido anclaje en el presente -ése que se construye como lugar de confluencia entre el pasado y el futuro, y en el que el patrimonio alcanza importancia primordial- la “lógica” actual de la globalización impone a los medios de comunicación una atención preferente sobre la cambiante, efímera y voluble actualidad. Con lo que cuando los medios proceden a la reactualización del pasado desde el presente, la historia, la memoria y el patrimonio, como parte de esa memoria, se ofrecen al gran público a través de modos tan eficientes como perniciosos: mercantilización, sensacionalismo, banalización, etc. Sin embargo, otros enfoques son posibles... y deseables.

When the Past is Projected onto the Future. Heritage in the Media

Individuals peek into the world and approach and perceive the reality which conditions them through the media. Rather than simple tools which broadcast and distribute facts, the media are institutions that generate social discourses, true builders of social reality. Nevertheless, set against a solid rooting in the present - that present which is constructed as a place of confluence between past and future, and also the place where heritage gains its transcendental importance - the current logic of globalisation imposes on the media a preferential focus on the changing, ephemeral and fickle novelty. And it is through these current affairs that history, memory, and heritage as part of memory, reach the general public as a torrent, through the most efficient paths possible - marketing, sensationalism, trivialisation - the media can provide in order to update the past from the vantage point of the present.

Uno de los problemas que dificulta la comprensión de los fenómenos que acontecen en la actual sociedad de la información es el de la confusión sobre la naturaleza del presente, sobre todo, cuando no se establecen las necesarias distinciones entre presente y actualidad. En este trabajo pretendemos llamar la atención sobre la importante repercusión epistemológica que generan esta y otras imprecisiones, y provocar alguna reflexión útil en la afortunadamente cada vez más amplia comunidad de personas preocupadas por el patrimonio, en sus múltiples vertientes. Con ese deseo se han escrito las páginas que siguen, desde la modestia de quien no es experto en cuestiones de promoción y protección patrimonial.

La equiparación del presente con la actualidad resulta abrumadoramente frecuente, y conduce a la consideración, no siempre explícita, de un presente efímero e inconsistente, que apenas resulta tangible por asemejarse a una especie de laguna de vacío entre el pasado y el futuro (Tusell, 2000:23). Quienes así se expresan reflejan una concepción bastante generalizada del tiempo histórico, según la cual, cabría representar el presente como un efímero punto de una interminable línea temporal indefectiblemente proyectada hacia el futuro. Un futuro que antes de convertirse en pasado tomó cuerpo fugazmente en forma de presente.

Sin embargo, a esta concepción predominante podríamos contraponer la consideración de que en realidad lo que nos sucede a los individuos es que vivimos instalados en un presente consistente que se dilata en el tiempo, en lugar de desvanecerse con el tiempo, en un presente conformado por un contenido de memoria y condicionado por un futuro incierto hacia el que se proyecta y con el que interactúa. Y así, al diferenciar el presente de la actualidad, es como fácilmente se alcanza la conclusión de que la genuina dimensión temporal es la del presente, mientras que, en puridad, los que no existen son ni el pasado, que ya fue, ni el futuro, que aún no ha llegado. El presente, ese tiempo que, en palabras de Michel Trebish (Trebish, 1998) se estira y se contrae, se engrumece o se disuelve.

Y todo ello, sin menoscabo de que efectivamente tengamos que reconocer que cotidianamente, en los planos individual y colectivo, asistimos, percibimos e incluso, a veces hasta intervenimos en una sucesión de acontecimientos y de circunstancias cambiantes, imprevisibles, deseables, temibles, ineludibles... -sigan poniendo los calificativos que consideren oportunos- que constituyen el entramado y el contexto en el que se desenvuelven

nuestras vidas, y que suelen presentárnos en vertiginosa secuencia y con escasa y decreciente inteligibilidad. Al conjunto de todo ello, y a sus elementos singulares, es a lo que en sentido estricto, cabe denominar actualidad, la cambiante, efímera, voluble, tornadiza y caleidoscópica actualidad. El presente necesariamente tiene que ser otra cosa, porque la naturaleza intrínseca del individuo y de los grupos sociales de los que forma parte, esta concebida para combinar de manera dialéctica y complementaria el cambio con la permanencia, la evolución con la identidad. Evolucionamos porque tenemos identidad, y cambiamos porque esencialmente permanecemos, pues de otra manera, ni siquiera nos reconoceríamos.

Resulta obvio que los individuos y las organizaciones sociales adquieren y son conscientes de su identidad, gracias a que están instalados en un presente necesariamente consistente, un presente que puede adquirir mayor o menor densidad, y cuyos contornos se presentan imprecisos y borrosos, difícilmente mensurables. Ese presente, en el que confluyen necesaria y dialécticamente pasado y futuro, exige la consideración y el estudio tanto de la memoria como de la incertidumbre, y esa es la verdadera razón por la que suele caracterizarse al tiempo presente como el de la memoria, y también el de la prospectiva (Sánchez González, 2004:153-163). Desde esta concepción nos planteamos la tarea de reflexionar sobre la labor que los medios de comunicación pueden desempeñar en relación con la protección y difusión del patrimonio en el mundo en que vivimos.

El lector que haya llegado hasta aquí habrá reparado en la importante dimensión que concedemos al pasado en la configuración de los sucesivos presentes. Un pasado que otorga consistencia e identidad al presente, y que lo condiciona en un constante diálogo bidireccional que resulta interesantísimo analizar en todas sus ramificaciones. Y un presente desde el que también se revisan y reactualizan las percepciones e interpretaciones que se hacen del pasado.

Si la consistencia del presente —tanto en el plano individual como en el colectivo— depende de la identidad adquirida a lomos del pasado, la consciencia de esa identidad y la manera en que se alcanza esa consciencia se revela como un elemento fundamental para entender percepciones y actuaciones de personas y organizaciones sociales. Está claro que sin mencionarlos todavía, estamos desembocando en conceptos tan



Plaza de la Constitución, Málaga. Carmen Guerrero

interesantes y complejos como los de Memoria histórica, mejor memoria colectiva, y Patrimonio, que en su acepción más amplia es el que aquí fundamentalmente nos interesa; conceptos, los de memoria y patrimonio, que, por otra parte, están más unidos e imbricados de lo que comúnmente se piensa, como subrayaremos más adelante.

La memoria colectiva y el patrimonio en una sociedad globalizada

Por lo dicho hasta aquí, el presente se construye como lugar de confluencia entre el pasado y el futuro. Un pasado en constante reactualización y revisión que otorga consciencia, entidad e identidad al presente, y un futuro, incierto e indeterminado, pero que está inserto en el presente en forma de proyectos, expectativas, ilusiones y temores compartidos o confrontados por las personas y los colectivos sociales. Y es aquí, donde el patrimonio, entendido en sentido amplio, alcanza una importancia trascendental y se convierte en un indicador importantísimo de la naturaleza y textura de las diferentes organizaciones sociales. Porque, al igual que la memoria refleja tan sólo una parte de la historia, aquella que conscientemente se la hace interactuar con el presente, el patrimonio cultural no lo conforman todas las huellas o

registros del pasado, sino aquellos vestigios de los que en cada época se es consciente de su relevancia y las simbologías que lo acompañan.

Desde este punto de vista, cabe considerar al patrimonio como un elemento sustancial de esa memoria colectiva, es decir, de esa parte selectiva y seleccionada del pasado que interactúa con el presente. Por ello, las propiedades y características de la memoria colectiva son extrapolables al patrimonio, considerado como herencia colectiva, y deberían servir también para valorar el tipo de intervención que cabría promover para que el disfrute, la preservación y la transmisión del patrimonio alcancen las cotas de excelencia deseables.

En primer lugar —y ante la evidencia de que sólo la memoria individual puede ser considerada como natural— convendría tener en cuenta el carácter artificial, exento, de la memoria colectiva. Con ella se pretende la identificación con un determinado ente colectivo que acabará siendo percibido como propio por sucesivas generaciones de individuos, que asumirán su identidad en constante interacción con un pasado que les ha sido legado y transmitido, y que ellos también contribuyen a perfilar. En gran medida, eso es también lo que ocurre con el patrimonio que ha ido acumulando y preservando un grupo social determinado, y que será interpretado como propio por quienes, conscientes de su valor, acaban experimentando la necesidad y la obligación de disfrutar, mantener y transmitir esa herencia colectiva. Y de ahí también el carácter cambiante del significado, la interpretación y del simbolismo que se atribuye tanto al pasado que se convierte en memoria, como a las huellas tangibles o intangibles de ese pasado que perviven en el presente en forma de patrimonio. Queda claro, pues, que como indica Lucette Valensi, en la medida en que las secuencias del pasado forman nuestra identidad narrativa, en la medida en la que nos dicen lo que somos, la reinterpretación del pasado es un trabajo siempre por reelaborar, una labor de Penélope, que asegura la continuidad de la casa de Ulises deshaciendo cada día el trabajo realizado la víspera (Valensi, 1998:68).

Cuando se habla de memoria colectiva y de patrimonio histórico o cultural, debería enfatizarse el hecho de que los individuos asuman como propios, aunque de manera dialéctica y en permanente revisión y reactualización, esos elementos del pasado que contribuyen a configurar una determinadas señas de identidad y un sentimiento de pertenencia. Por ello resulta fundamental

reflexionar sobre ese carácter subjetivo y selectivo de la memoria histórica y, por tanto, del patrimonio cultural, cuya virtualidad radica básicamente en que los individuos sean conscientes de su existencia, y participen consecuentemente del simbolismo colectivo que en cada momento histórico se les atribuye. No están tan lejanos los tiempos en que el ingente patrimonio histórico español, salvo honrosas excepciones, apenas era valorado por individuos ni instituciones, inconscientes del valor que atesoraban, o en los que la memoria histórica apenas cohesionaba al grupo, en la medida de la insignificancia alcanzada por la opinión pública como elemento estructural de la sociedad.

Con todo ello, lo que queremos indicar es que, al igual que no existe una memoria colectiva objetiva e inmutable, tampoco el patrimonio cultural puede ser considerado con independencia de elementos referenciales y contextuales de cada presente. La Catedral de Burgos, al igual que Azaña o los Reyes Católicos tienen una importancia intrínseca incuestionable, pero su cambiante percepción a lo largo del tiempo es lo que en cada momento resulta relevante para valorar la función social desempeñada por los elementos que *objetivamente* merezcan la consideración de importantes vestigios del pasado. Desde este punto de vista, lo que interesa es “cómo se esgrime el pasado o lo que se considera tal en el presente... pues no se manipula el pasado, sino el recuerdo” (Ortega, 1997).

Otra cuestión importante, a nuestro modo de ver, es que en cada momento histórico se revela el carácter selectivo, no acumulativo, de la memoria, que conduce a la elaboración, más o menos distorsionada, de las percepciones del pasado con la intención de configurar una cosmovisión colectiva interesada, con la no siempre confesada pretensión de dotar de inteligibilidad al presente. Con el patrimonio sucede también algo parecido, sobre todo a partir del momento en que se amplía la noción de patrimonio hacia los aspectos inmateriales e intangibles, con toda la carga simbólica y subjetiva que acompaña a estas manifestaciones. En la medida en que nos acercamos al patrimonio intangible se hace más ostensible su equiparación con el concepto de memoria colectiva que venimos barajando. En estas últimas décadas la revalorización conseguida por la necesidad de proteger, preservar y difundir las manifestaciones del patrimonio intangible, ha supuesto un salto cualitativo fundamental, sobre todo si se compara con la etapa, aún vigente y siempre necesaria, en la que las preocupaciones fundamenta-

les giraban en torno a la preservación y puesta en valor del patrimonio material, de los monumentos, documentos, obras de arte y similares.

Hemos llegado pues a un punto en el que la noción de patrimonio se ha ampliado considerablemente (Cuenca, 2004), incorporando nuevos conceptos y elementos cargados de potencialidad —más allá de los clásicos y genéricos patrimonio histórico, cultural, natural— y nociones tan interesantes como las de Patrimonio mundial, de la humanidad, o las dialécticamente complementarias de patrimonio material e inmaterial, tangible e intangible, mueble e inmueble, etc. Esta concepción integral del patrimonio está en consonancia con las necesidades y también los peligros de una sociedad cada vez más interdependiente y globalizada, que es el asunto que por su relevancia abordaremos a continuación.

La coherencia con lo que venimos diciendo supone asumir que la etapa histórica que estamos viviendo impone nuevas consideraciones y prevenciones pero también ofrece excelentes posibilidades si se sabe actuar convenientemente en el ámbito patrimonial. Lo que ha predominado hasta ahora ha sido la concepción nacional tanto de la memoria colectiva como del patrimonio. Tanto una como otra han servido para identificar y cohesionar a un grupo que ha actuado selectivamente con su pasado, creado y recreado imaginarios colectivos, lugares de memoria, y que ha interpretado e intervenido vorazmente en el pasado, ensalzando pero también silenciando, exponiendo y ocultando. Y todo ello, en aras de conseguir complicidades y sentimientos de pertenencia, de reforzar los lazos y los vínculos entre los individuos, y de afianzar su conciencia de formar parte de un grupo singular, homogéneo, rico, plural, y en el fondo tan privilegiado como digno de defender.

Pero en el mundo actual, y a pesar de resistencias, reticencias y pervivencias de variada naturaleza, las fronteras nacionales se diluyen y difuminan de manera clara en el ámbito económico, pero también en el cultural —que es el que obviamente aquí más nos interesa—, e incluso aunque más lentamente en las esferas política y social. Así, en los últimos años la globalización se ha convertido en la palabra clave y conformadora de una realidad, si no esencialmente nueva, si radicalmente distinta a la experimentada en décadas precedentes. Y con ella adquieren también carta de naturaleza la proliferación de sociedades multiculturales coexistentes con imparable procesos de homogeneización cultural y simbólica. Por una parte se llega casi a acariciar el concepto de cultura

universal, con el que toda la humanidad podría identificarse; aunque, por otra, se perfila un panorama preocupante en lo que se refiere a la confrontación y convivencia intercultural y a la preservación de la incommensurable diversidad cultural, que podría suponer la pérdida o el desconocimiento efectivo de un ingente patrimonio intangible que la humanidad ha ido conservando a lo largo de los siglos. Los propios organismos internacionales, y fundamentalmente la Unesco¹, han emprendido desde hace tiempo una interesantísima labor —no me atrevería a juzgar si suficiente o exitosa— orientada a preparar un escenario aceptable y sostenible, compatible con la imparable convergencia cultural que impone la globalización, y donde no tengan cabida o queden muy atenuados los efectos más perniciosos de un proceso tan atractivo como preocupante.

Pese a ello, la lógica de la globalización exigirá afrontar una serie de retos que obligarán a extremar la vigilancia y las precauciones ante el previsible peligro de ingentes pérdidas patrimoniales (Huyssen, 2002), sobre todo intangible. Y también a replantarse casi íntegramente desde una perspectiva transnacional y por tanto transcultural, las relaciones ya aludidas entre patrimonio e identidad, la necesidad de revisar y reactualizar el pasado desde otros planteamientos y con otras intenciones, de redimensionar y compatibilizar la unidad con la diversidad y las tendencias homogeneizadoras con la preservación y defensa de lo propio y lo cercano, etc. En definitiva, y porque el tema desborda los límites de este modesto ensayo, lo que se percibe cada vez más es la necesidad de dotar a nuestro presente de un nuevo contenido de memoria y de una nueva concepción patrimonial —integradora y plural— que le permita proyectarse hacia un futuro que se vislumbra cada vez más nítido, pero desprovisto de los necesarios y firmes asideros que lo fijen aceptablemente a nuestro presente. Piensen en la construcción europea o en el futuro de Europa y encontrarán un ejemplo, no evidentemente el único, del tema apasionante sobre el que animamos a reflexionar.

Hemos dicho que desde la perspectiva que proporcionan los diferentes presentes se impone la reflexión sobre qué pasado y qué patrimonio merece ser protegido, disfrutado y transmitido, como señal de identidad y de cohesión. Lo cual no significa —porque cuando sí significa, las sociedades enferman de esencialismo, uno de los peores bagajes para transitar por el siglo XXI— que tengan que compartirse y aceptarse unánime ni acríticamente los valores que se asocian o vinculen interesadamente al

patrimonio o la memoria. El pasado, tanto en su vertiente memorialística como patrimonial, no puede modificarse, pero sí debería servir, al menos, para reflexionar sobre él en clave de presente y sobre todo de futuro. La existencia o el intento de fijación de una determinada memoria colectiva no presupone ni exige su correspondiente transformación en una memoria compartida. En algunos casos coexisten memorias confrontadas que, ciertamente, pueden provocar —y a veces con más frecuencia de la deseable— tensiones y conflictos indeseables, pero también es cierto que de otra manera encauzadas podrían interpretarse como interesantes manifestaciones de pluralidad cultural.

El patrimonio y los medios de comunicación en una sociedad globalizada

Y así llegamos al último tema con el que pretendemos cerrar este sencillo conjunto de reflexiones: el de las formas de transmisión, elaboración y adquisición por los individuos de ese conocimiento y esa consciencia del valor y simbolismo patrimonial, con los que se perfilan sentidos y sentimientos de pertenencia. Decíamos al principio que vivimos instalados en el presente porque tenemos una identidad consciente, adquirida y asumida —eso sí, sometida a frecuente contraste y revisión— que es la que nos capacita para dialogar con el futuro. Recapacitemos, pues, sobre la manera en que se elaboran y transmiten esos imaginarios colectivos que conforman nuestro presente, y con los que se pretende que los individuos valoren y sean conscientes de sus señas de identidad reflejadas en la memoria colectiva y el patrimonio compartido.

El tema que planteamos es tan complejo y afecta a tantos colectivos académicos, profesionales, sociales, institucionales, que lógicamente desbordaría cualquier pretensión de encauzarlo de manera rigurosa y pormenorizada. Incurriremos, pues, en la siempre reprobable simplificación que nos permitirá referirnos exclusivamente a los medios de comunicación como uno de los elementos fundamentales, de ninguna manera el único, que desarrolla, eso sí, con creciente protagonismo, la importantísima labor arriba enunciada. Y por supuesto que tampoco valoraremos en extenso el papel que realizan o pudieran realizar los medios de comunicación en asuntos relacionados con el patrimonio. En este número monográfico reconocidos especialistas abordan con extraordinaria solvencia muchas de estas



Ocho imágenes sobre la representación en televisión de un acontecimiento histórico: la misión Apolo 13. Serie "we interrupt this program" (Boston, 13 de abril de 1970). Nick DeWolf

cuestiones. Así pues, no abriremos más frentes, e intentaremos cerrar los que ya están abiertos, desde la perspectiva de los medios de comunicación.

La primera cuestión que deseamos plantear es que en la sociedad actual, los individuos se asoman al mundo y se acercan y perciben la realidad que les condiciona a través de los medios de comunicación (Colombo, 1997; Bourdieu, 1997). En este sentido, los medios han acrecentado progresivamente su papel como constructores de la realidad social, como pantallas donde queda reflejada esa realidad, que, por otra parte, ellos mismos han contribuido a construir. En palabras del profesor González Requena (1989:13), los medios de comunicación son mucho más que instrumentos que transmiten y distribuyen los acontecimientos, son instituciones generadoras de discursos sociales. Desde este punto de vista, convendría valorar y reflexionar sobre el relevante papel desempeñado por los medios de comunicación de masas en la conformación y fijación de imaginarios colectivos, y su responsabilidad sobre las imágenes y percepciones que del pasado existen en las diferentes organizaciones sociales. La historia, la memoria y el patrimonio, como

parte de esa memoria, llegan al gran público a raudales a través de los medios de comunicación de masas que contribuyen así a difundir una determinada reconstrucción e interpretación del hecho histórico singular o de procesos históricos diversos (Martínez Gallego, 2004).

Sin embargo, conviene tener en cuenta, y este es un tema de gran importancia para el asunto que nos ocupa, que el terreno en el que se desenvuelven los medios de comunicación es el de la actualidad y no el del presente. A los medios lo que les preocupa es reflejar la actualidad, el devenir constante de acontecimientos, los pasajeros focos de interés informativo, lo que cambia, lo que está o se pone de moda. Casi ningún medio renuncia a trascender esa actualidad, a hacerla algo más inteligible, a dotarla de más consistencia, pero alcanzan escaso éxito en el intento. Antes al contrario, la realidad y la actualidad que ofrecen los medios de comunicación se presentan fragmentadas, incoherentes, rotas y tendencialmente opacas, es decir, progresivamente ininteligibles e inmanejables. Los informativos televisivos reflejan perfectamente esta situación, pues la ensalada de noticias, de fragmentos del mundo que



contienen no devuelven una idea unitaria del mundo, no construyen un universo narrativo constante y reconocible. El presente, tal como lo presentan los medios, carece de la dimensión simbólica que pueda cohesionar el conjunto, convirtiéndose en el espacio de lo emergente, de lo nuevo, de lo singular e imprevisible, donde lo real amenaza continuamente con desmoronar el tejido de la realidad (González Requena, 1989:73-74), en suma en un tiempo desprovisto de memoria, es decir, conformado por múltiples e inconexos fragmentos de actualidad, sin conexión discursiva entre ellos, en un puzzle imposible tanto de recomponer como de explicar.

Esta circunstancia se pone de manifiesto, incluso, cuando los medios de comunicación abordan directamente el tema de la memoria colectiva y de la influencia o de la presencia del pasado en el presente. A este tema le hemos prestado especial atención en un trabajo específico, a cuya consulta remito a lo lectores interesados, por lo que aquí bastará decir que casi siempre que aparecen noticias, reportajes o artículos de esa naturaleza, se justifican en claves de actualidad, es decir, parecen necesitar una referencia de actualidad,

como pudiera ser conmemoraciones, aniversarios, obituarios, etc.; si bien es cierto, que ocupan una parte digna de consideración para valorar la manera en que desde los medios de comunicación se contribuye, aunque sea de una manera deslavazada e inconexa, a la fijación y transmisión de la memoria colectiva.

Se suele necesitar, pues, un enganche en la actualidad para que el pasado interactúe con el presente, o mejor para que desde el presente se proceda a la reactualización del pasado en los medios de comunicación. Pero ese “enganche” con la actualidad obedece a motivos de la más diversa naturaleza, relacionados con otras características de los medios que inciden indudablemente en la relevancia que pueden alcanzar las cuestiones referidas a la memoria y al patrimonio en los medios de comunicación. Nos referimos al sensacionalismo informativo, la mercantilización de las noticias, y a otras cuestiones sobre las que también nos hemos pronunciado en diversas ocasiones (Sánchez González, 2004).

Los medios, sobresaturados de información inconexa, han contribuido de manera clara a producir esa situa-



Fragmentación. Jett Loe



Inconexión. Nizar Ahmed



Amnesia. Henry Faber



Saturación. Angela Rivera

ción de amnesia colectiva que caracteriza a las sociedades occidentales, cada vez más conservadoras y acomodaticias, ante un presente sin contenido de memoria, donde predomina la fugacidad y espectacularidad de las noticias, concebidas como productos de consumo perecederos, que se deben ser inmediatamente reemplazadas por otras más impactantes, más espectaculares, donde se rompen las conexiones con el pasado, donde predomina la impresión sobre el razonamiento, la forma sobre la idea, la emoción sobre la lógica, la imagen sobre la palabra. Un presente donde el deseo de saber es reemplazado por el deseo de ver, con el inconveniente de que en el deseo de verlo todo va implícita la imposibilidad de comprender nada.

Nos enfrentamos de esa manera con el problema de la sobreabundancia de información, y de los criterios subjetivos que se adoptan en la fijación de las agendas informativas, en los que se observa una tendencia clara hacia la mercantilización de la noticia y la espectacularización de la realidad, y que se traduce en una feroz competencia para captar la atención de los medios, en la medida en que son ellos los que cuando seleccionan, incluyen, excluyen y jerarquizan, otorgan presencia y visibilidad, que es tanto como decir existencia, en un mundo como el que vivimos en el que la realidad sólo puede ser mirada e interpretada a través de las imágenes que ellos proporcionan. La mayoría de los expertos en comunicación están convencidos de que la mayor influencia de los medios de comunicación no radica tanto en lo que el público tiene que pensar, sino en sobre lo que tiene que pensar.

Ante este panorama, la función que los medios de comunicación pueden desempeñar en relación con el patrimonio se revela fundamental, pero sus efectos, dependiendo de la manera en que se conciba esa tarea, pueden resultar extraordinariamente beneficiosos o perjudiciales. El predominio, como suele suceder, de la concepción de la noticia como mercancía, la competencia por alcanzar presencia mediática y reclamar la atención de la opinión y de un público multitudinario puede conducir a la consideración del patrimonio como espectáculo, y a desviar la atención hacia aspectos curiosos y sensacionalistas, de muy escasa densidad e importancia intrínseca. Y consiguientemente, a la relegación de otras cuestiones fundamentales cuyo correcto tratamiento mediático podría contribuir a una mejor valoración y disfrute de un patrimonio y una identidad que, en una sociedad globalizada como la actual, podrían ser tan universales como respetuosos con la diversidad y la pluralidad.

La cuestión que aquí dejamos planteada, y para la que no existen remedios expeditivos, consideramos que reviste gran importancia, entre otras cosas, porque cuando escribimos esto, la noticia que se repite insistentemente en los medios de comunicación de casi todo el mundo relacionada con el patrimonio es la de la gala de la elección de las siete nuevas maravillas del mundo, en la que se indica que han participado a través de Internet más de 100 millones de personas. Una gala y una iniciativa orientada según la Unesco por intereses más comerciales que de protección del patrimonio, y en la que han surgido las inevitables polémicas y apelaciones al orgullo nacional para procurar vencer en lo que no era otra cosa que una competición tan espectacular como pretendió ser la gala lisboeta con la que culminó la esperpéntica y multitudinaria iniciativa.

A la luz de lo expuesto en este artículo, consideramos que es mucha y fructífera la labor que bien orientada pueden desarrollar los medios de comunicación en la elaboración y difusión de imaginarios colectivos y valores patrimoniales que puedan enriquecer el acervo cultural de la humanidad. Son ellos los que pueden orientar las

miradas hacia la contemplación y disfrute —y también a la discusión y reflexión— del impresionante legado que recibimos cuando nacemos y cuya continuidad y enriquecimiento debemos procurar. Los medios han de contribuir a moldear nuestra percepción sobre el patrimonio, al tiempo que de alguna manera también reflejan nuestras percepciones sobre la realidad. De una manera muy especial, atesoran también el patrimonio de nuestras miradas, de nuestra forma de mirar y percibir la realidad, con lo que tienen en sí mismos un impresionante valor patrimonial... Pero, de eso, si les apetece, ya tendremos otra ocasión de hablar.

Notas

¹ Entre otros documentos interesantes, destacamos las "Directrices prácticas sobre la aplicación de la Convención para la Protección del Patrimonio Mundial" (Revisión aprobada por el Comité del Patrimonio Mundial en su 22a reunión, diciembre de 1998. Primera impresión: marzo de 1999), el "Informe del Seminario Internacional Medios de Comunicación y Patrimonio Inmaterial" (Ministerio de Cultura, República de Colombia. Presentado al Director General de Unesco. París, febrero de 2003) y el documento "Memoria del Mundo. Directrices para la Salvaguardia del Patrimonio Documental" (Edición revisada, 2002. Preparado para Unesco por Ray Edmondson).

Bibliografía

- BORDIEU, P.** *Sobre la televisión*. Barcelona: Anagrama, 1997
- COLOMBO, F.** *Últimas noticias sobre el periodismo. Manual de periodismo internacional*. Barcelona: Anagrama, 1997
- CUENCA, J.M.** *El patrimonio en la didáctica de las ciencias sociales. Análisis de concepciones, dificultades y obstáculos para su integración en la enseñanza obligatoria*. Universidad de Michigan, 2004
- GONZÁLEZ REQUENA, J.** *El espectáculo informativo o la amenaza de lo real*. Madrid: Akal, 1989
- HUYSEN, A.** *En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de globalización*. Argentina: Fondo de Cultura Económica, 2002
- MARTÍNEZ GALLEGO, F. A.** Memoria social e "historiografía mediática" de la Transición. *Actas del VII Congreso de la Asociación de Historiadores de la Comunicación "25 años de libertad de expresión"*, Barcelona, 18-19 noviembre de 2004 (consultable en www.w.upf.edu/periodis/Congres_ahc/Documentos)
- ORTEGA, A.** Recuerdos renovados. *El País*, 8 diciembre de 1997
- SÁNCHEZ GONZÁLEZ, J.** Sobre la memoria: el pasado presente en los medios de comunicación. *Historia Actual On line*, número 4, primavera 2004
- TREBISH, M.** El acontecimiento, clave para el análisis del tiempo presente" en *Cuadernos de Historia contemporánea* [Servicio de Publicaciones, UCM], n.º 20, 1998
- TUSELL, J.** La historia del tiempo presente: Algunas reflexiones sobre el caso español. En NAVAJAS, C. (ed.) *Actas del II Simposio de Historia Actual*. Logroño: IER, 2000
- VALENSI, L.** Autores de la memoria, guardianes del recuerdo, medios nemotécnicos. En CUESTA BUSTILLO, J. (ed) *Memoria e Historia*. Revista Ayer, n.º 32. Madrid: Marcial Pons, 1998